

15 OCTUBRE 1992

Exige Límites la Concentración de Poder

Neoliberalismo Antiliberal

- ★ No Permite que con las Elecciones se le Cuestione
- ★ Hoy Como Ayer, más que ir la Sociedad, la Llevan
- ★ Por Decenios el Ejecutivo no ha Tenido Contrapesos

LORENZO MEYER

Por segunda vez en nuestra historia, la élite dirigente va a intentar acomodar a México dentro del complejo molde de una sociedad liberal. Sin embargo, crear un entorno liberal usando como instrumento una presidencia autoritaria y teniendo como base una sociedad de tradición corporativa es un proyecto difícil y, sobre todo, lleno de contradicciones. El primer intento, el del siglo XIX, de plano fracasó: terminó en dictadura, modernizante, pero dictadura.

SIGUE EN LA PAGINA VEINTISEIS

Como meta política, el liberalismo es atractivo. Hace doscientos treinta años Juan Jacobo Rousseau la resumió así: "el hombre nace libre, pero en todas partes se encuentra encadenado". La tarea histórica, según el pensador ginebrino, era ni más ni menos que construir un orden social en que la libertad y la igualdad fueran patrimonio de todos los ciudadanos. Se trataba, pues, de una meta profundamente moral, producto de siglos de evolución de la civilización occidental, desde los profetas de Israel hasta el constitucionalismo inglés; había que liberar al individuo del yugo del grupo y de la arbitrariedad de la autoridad. Ahora bien, el problema central de esa noble idea reside en las enormes dificultades para hacerla realidad, particularmente en sociedades como la nuestra.

El nuevo liberalismo mexicano —neoliberalismo— para tener éxito, debe superar obstáculos muy serios entre ellos estos dos: la naturaleza íntima de la sociedad mexicana y la de los propios líderes neoliberales. Veamos el primer punto. Cuando el liberalismo se presentó en tierras mexicanas y se hizo gobierno con Benito Juárez en la segunda mitad del siglo XIX, no pudo echar buenas raíces, no se desarrolló bien ni logró producir la semilla que le permitiera su reproducción. El liberalismo declamatorio vivió como una planta raquítica durante el Porfiriato puso su energía en lo económico y conveniente-

mente olvidó lo político hasta que la Revolución Mexicana lo desechó en favor de algo aparentemente más acorde con el suelo histórico mexicano de la justicia social: el corporativismo y el populismo.

Ni en el siglo pasado ni ahora, el grueso de la sociedad mexicana emprendió la marcha hacia el liberalismo motu proprio. Hoy como ayer, a la sociedad más que ir la llevan. La última autopsia del liberalismo del siglo pasado la acaba de hacer un joven sociólogo Fernando Escalante Gonzalo, en una obra cuyo título completo vale la pena reproducir: "Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana —tratado de moral pública—" (El Colegio de México, 1992). Al liberalismo que soñó el doctor Mora le ganaron la batalla por el corazón de la sociedad mexicana, el pasado colonial, los caciques, las corporaciones y, en general, la enorme corrupción que anidaba en la vieja red que intermediaba la relación entre los mexicanos comunes y su gobierno. Ahora que si bien es cierto que el proyecto liberal fracasó en su afán de hacer transitar a México de una sociedad de súbditos a otra de ciudadanos, un buen número de los líderes modernizantes que sobrevivieron a su lucha contra los conservadores, prosperaron en lo individual y vivieron desahogadamente en medio del fracaso de su proyecto.

Una sociedad de tradición corporativa y de inexisten-

cia del Estado de derecho, como la nuestra, tenía y sigue teniendo, enormes dificultades para vivir realmente la cultura política del individualismo. México sigue siendo una sociedad de intermediarios, de caciques y de reglas no escritas que ignoran o violan la norma legal.

Sin embargo, el problema para el liberalismo actual —el neoliberalismo— no es sólo que el suelo social siga siendo poco propicio al florecimiento de una cultura ciudadana, sino que la fuerza misma que ahora le impulsa, la élite tecnocrática en general y la presidencia en particular, no quieren, y quizá tampoco pueden desarrollar una práctica congruente con los valores liberales. Su profunda naturaleza autoritaria les lleva a practicar un liberalismo a medias: relativamente real en lo económico e irreal en lo político.

Para mejor apreciar la magnitud del problema que enfrenta en México el liberalismo verdadero, es necesario recordar cuál es la esencia de esa visión del hombre y la sociedad. El término mismo surgió en España con posterioridad a la Revolución francesa, pero las ideas centrales a las que tal término hacía referencia, habían adquirido su forma y contenido en Inglaterra a lo largo de los siglos XVII y XVIII. El inglés fue el liberalismo original, clásico luego vendrían las variantes continental y norteamericana. El objetivo de esos liberalismos fue, y sigue siendo, lograr el máximo de libertad posible para todos los miembros de la sociedad, una sociedad a la que ya no se concibió compuesta por estamentos, corporaciones o grupos, sino esencialmente por individuos racionales, conscientes de su interés, seguros de su capacidad y celosos de su libertad frente a la autoridad.

El liberalismo considera que para lograr la auténtica expresión de la personalidad individual es indispensable poner fin a la arbitrariedad histórica en el ejercicio de la autoridad. La experiencia había mostrado a los liberales que el poder del gobernante —príncipe, primer ministro o presidente—, tiende inevitablemente a extenderse a costa de la libertad de los individuos y de la sociedad en su conjunto. Es por eso que el liberalismo busca en las fuerzas impersonales del derecho y del mercado, la garantía de su libertad. Como resulta inevitable que toda autoridad tiende a abusar de su poder, es necesario,

indispensable e insustituible, una efectiva división de poderes dentro del Estado; sin tal división habría una concentración del poder tal, que inexorablemente traspasaría las barreras de la legalidad sin que nadie pudiera evitarlo. Al poder político sólo lo puede mantener bajo control otro poder político: el poder del presidente sólo lo puede limitar el del legislativo en unión del judicial; al poder central sólo lo limita un verdadero poder local, etcétera. Del choque institucional entre los poderes divididos, surge el pluralismo, y con él las condiciones adecuadas para que se dé libertad individual positiva.

El liberalismo clásico era antiautoritario, pero no necesariamente democrático. Fue en su choque con el socialismo cuando el liberalismo, por conveniencia más que por naturaleza, se convirtió en democrático y puso atención a los daños que podía causar en lo social el libre mercado (una supuesta igualdad de oportunidades pero entre desiguales).

La divisa liberal de "dejar hacer, dejar pasar: el mundo marcha por sí solo" no puede significar la esencia de la libertad para los muchos que se encuentran hasta abajo de la pirámide social, sin los medios materiales mínimos para darle contenido. Fue entonces cuando surgió el llamado "liberalismo social" —término que tiene ya mucho tiempo circulando— cuyo propósito era llevar al Estado a interferir con el mercado para promover niveles mínimos de bienestar para hacer de las mayorías ciudadanos reales.

Queda claro que todo liberalismo, del clásico al social, es fundamentalmente antiautoritario, y exige la creación y mantenimiento de límites institucionales efectivos al poder gubernamental, en particular al del poder ejecutivo. El liberalismo si no es antiautoritario no es liberalismo, así de simple. Pero hay más, el liberalismo moderno, además de ser democrático, también exige límites a la concentración del poder económico en manos privadas, pues la experiencia ha mostrado que este poder puede ser tan dañino para la libertad individual y el pluralismo como el autoritarismo gubernamental.

Ahora bien, en el México actual, el nudo gordiano del neoliberalismo es que éste es promovido por un

peder estatal autoritario de un autoritarismo años por decenios no ha tenido ninguno de los contrapesos que se señalan en la constitución ni de ninguna otra clase. La democracia mexicana —esa que en este momento tiene siete gobernadores que ni siquiera formalmente pasaron la prueba de unas elecciones si que fueron designados— si presidente— aún se encuentra muy lejos de ser simple pero contundente principio central del liberalismo enunciado por J. H. Thom: "cada persona debe contarse como uno y ninguno como más de uno". En México un presidencialismo inabitable sigue permitiendo que la voluntad de una persona —la del presidente— cuente como más de uno, como mucho más de uno.

El neoliberalismo mexicano no surgió de arriba —de arriba se ha pasado por la vía autoritaria, es decir, por la vía antiliberal. Es, pues, un liberalismo antiliberal, y justamente por ello que el acento lo ha puesto sólo en una de las dos partes de la ecuación liberal: la de disminuir el poder del Estado para aumentar el del mercado, pero de un mercado dominado por unos cuantos y donde se han hecho las increíbles fortunas de Carlos Slim, Emilio Azcárraga, los Arengo, los Zambrano y Enrique Molina, cinco familias que en conjunto controlan una fortuna de novecientos mil millones de dólares, según datos de la revista Forbune del 7 de septiembre pasado. Frente a ellos, la libertad que el mercado da al mexicano normal, vale muy poco, por no decir nada. A la vez, ese liberalismo se ha cuidado de no permitir que por la vía electoral se le cuestionara, que apoyándose en un Partido de Estado, y poco importa la credibilidad de sus elecciones pues imponen sus resultados.

En conclusión, los estamentos del neoliberalismo mexicano han encontrado un obstáculo serio para el avance de un verdadero proyecto neoliberal... y que el obstáculo son justamente los liberales mismos, los poderes directos de la nueva tradición autoritaria corporativa mexicana que que no pueden despreciarse sin correr el riesgo de perder el poder, pues el poder y no la convicción es la razón de su conversión al neoliberalismo hace un tiempo.